

IRIS

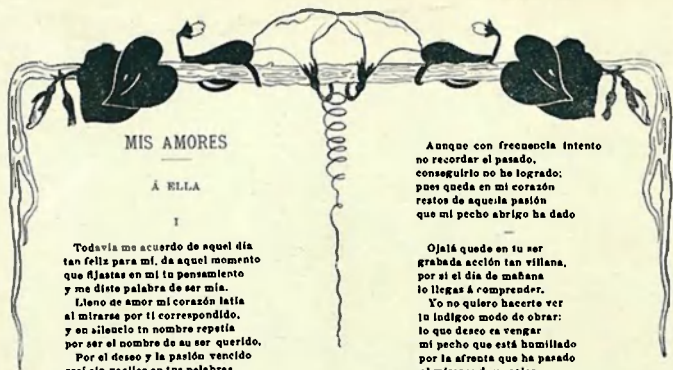


NÚM. 115

BARCELONA, 20 JULIO 1901

25 CENTS

Ayuntamiento de Madrid



MIS AMORES

Á ELLA

I

Todavía me acuerdo de aquel día tan feliz para mí, de aquel momento que flujabas en mi tu pensamiento y me diste palabra de ser mía.

Lleno de amor mi corazón latía al mirarse por ti correspondido, y en silencio tu nombre repetía por ser el nombre de su ser querido.

Por el deseo y la pasión vencido creí sin vacilar en tus palabras, y así por habérmelas creído hoy sin saberlo mi desdicha labras.

Pues sin pensar lo mucho que he sufrido por ti, rompistes los sagrados lazos, dejando un corazón en el olvido sin amor ni esperanza: hecho pedazon.

Este es el triste fin que he conseguido por amar sin saber á quien amaba; fin que á decir verdad, nunca esperaba por estar de tu amor muy convencido.

Y es que entonces tu pecho suspiraba fingiéndome un amor que no existía; y yo loco por ti, me lo creía, sin prever el mal que me esperaba.

Tu leíste lo que ha tiempo te dictaba tu corazón, de mi pasión cansado; ya has roto lo que hasío te causaba, faltando á un juramento que has prestado.

Y á pesar de que tanto te adoraba, merecías tu hubiera despreciado; pero nunca abrigué en mi pecho entonces para quien tanto quise... ¡te perdono!

II

La pasión que yo he mirado tantas veces en tus ojos, hoy ya con tristes despojos: flor que el tiempo ha marchitado.

Su caliz ya deshojado, perdió fragancia, color, y el perfume embriagador que la atmósfera empañaba: igual que la flor, se acaba la constancia e el amor.

A veces, el pensamiento sin poderlo remediar, pasa el tiempo en meditar en cosas que llevó el viento.

Aunque con frecuencia intento no recordar el pasado, conseguirlo no he logrado: pues queda en mi corazón restos de aquella pasión que mi pecho abrigó ha dado

Ojalá quede en tu ser grabada acción tan villana, por si el día de mañana lo llegas á comprender. Yo no quiero hacerte ver tu indiguo modo de obrar: lo que deseo es vengar mi pecho que está humillado por la afrenta que ha pasado al mirarse despreciar.

III

Adiós primer ideal de mi mente enamorada: adiós mujer codiciada por mí, para mayor mal. Solo por tu causa, es tal la indecisión de mi suerte, que aunque nunca pueda verte lucharé análogo por ver, que es lo que debía hacer; amarte ó aborrecerte.

Amar dije: A donde vas á parar corazón mío, vas su proceder impío y así razón lo dar. En ella no pienso mas que vas á volverme loco: aborrecerte, tampoco: entonces ¿qué debo hacer? dejar los años correr y olvidarla poco á poco

IV

Corrió el tiempo apresurado: olvidé de aquel amor, que las buellas del dolor tenaz habla marcado. Aquel final desdichado de mis amores de año, que causaron tanto daño dentro de mi ser, pasó: y solamente dejó recuerdos de un desengaño.

EDUARDO ESCARTÍN



RI
prec
imita
Li
dulce
al ya
El
que la
El
ment
Pe
lias, g
Na
guard
Lo
más h
Rie
que la
lleza
hasta
Su
las na
integr
tuvo s
pared
que pi
de las
tan de
para e
cantas
co par
se le f
espos
No
de car
martil
atmós
parar
In
espejo
porré
caer s
cuenti
forma
—
Lo



Ricardo era un escultor de punta. Esto de *punta*, no lo digo yo; se lo oi asegurar á la condesa del Chivo, á la cual Ricardo hizo un precioso muñeco, que causó la admiración de cuantos tuvieron ocasión de verlo. Artista de corazón, manajaba el buril con gusto inimitable. Repito que yo no conocí á Ricardo y que hablo de él por referencias.

Llegó el día en que Ricardo pensara que no estaba reñido el arte con los goces de la familia y en que procurase hallar para sí una dulce compañera con quien compartir sus fatigas y sus glorias. Pero á fuer de artista, no se satisfizo con poco y no dobló el cuello al yugo matrimonial hasta que dió con un soberbio tipo de hermosura meridional.

Elisa, hermosa valenciana de rostro árabe y miradas de fuego, de talle gentil y no por reminiscencias, y de voz mas armoniosa que los acordes de un arpa, fué la compañera de Ricardo, previa la lectura de la consabida epístola.

El entusiasmo artístico del escultor por su hermosa compañera no disminuyó con las dulzuras del álamo, antes al contrario, aumentó considerablemente, y esto nos permite suponer basta que grado llegarían las perfecciones de Elisa.

Pero á medida que el genio artístico del recién casado tomaba vuelos y que sus esculturas eran citadas como verdaderas maravillas, germinaba y crecía en su corazón el sentimiento de los celos.

Nadie más confiado ni con mayor despreocupación que él que nada posea; nadie más azorado y con menos tranquilidad que el que guarda un tesoro: aquél nada teme; éste recela hasta de su sombra.

Los celos podrán ser hija del cariño; pero también son ofensa cruel para la mujer que los inspira, y tanto más cruel cuanto más honrada sea, y Elisa lo era de un modo absoluto.

Ricardo, que en su época de soltero había tropezado en el gran mundo con algunas mujeres fáciles, y que sabía por experiencia que la cohesión de la roca cede á la tenacidad del cincel, no tuvo desde el día de las bendiciones ni un momento de sosiego: la belleza de Elisa, que tanto le había enamorado, le atormentaba. Con decir que llegó á tener miedo de mirarse al espejo, se comprenderá hasta que punto llegaba su irrazonable preocupación.

Su carácter, antes franco y jovial, se hizo receloso y meditabundo, y su conversación chipispana y ligera, tomó el acerado sello de las navajas de afeitar. Esto le produjo muchos disgustos y algunos lances de honor en los que, si el honor quedó á salvo, no así la integridad de su piel. Un autor cómico le partió en dos la frente dejándole una enorme cicatriz en señal de la sinrazón que Ricardo tuvo al provocarlo por suponer que en una comedia había tratado aquél de ridiculizar sus celos. Un ingeniero cuya novia habitaba pared por medio de la casa de Ricardo, desfiguró á éste el ojo izquierdo de un pluchazo para conuencerle de que los reconocimientos que practicaba en la calle nada tenían que ver con su mujer. Un médico, que asistió á ésta en una enfermedad, se vió en la precisión de justificar á Ricardo, perforándole no musto, que las manos de los médicos tienen *flexerius* como los ordeños *in sacra*. Un capitán de lanceros le rajó la nariz de una cohillada en demostración de no haberle puesto silito á su mujer, aunque la sobran bríos para ello; y por último: no se batió con Cánovas del Castillo, fué por haber sabido demasiado tarde que éste se había permitido cantar á Elisa. Tal sería de peracanes transformó al escultor en términos que no lo hubiera reconocido la madre que lo parió: su flaco parecía hecho de remiendos, y estos remiendos hechos á fuerza de costuras. Conforme se le fué á Ricardo deformando el cuerpo se le fué ennegreciendo el alma, y la pobre Elisa, que en un principio sobrellevó con paciencia los rigores de la esclavitud á que su esposo la condenaba, llegó á aburrirse y á entrar poco á poco en deseos de acudir los inmerecidos bierros que la oprimían.

Nunca tales deseos hubieran adivinado Ricardo, porque juzgándose ya y de un solo golpe habitante de las selvas, hizo selvático de carácter y de tal suerte lo apretó las clavijas á su mujer, que si no la reventó fué porque Dios no quiso. Podríase al demonio el martillo y los cincelos: la pasión de Ricardo por el arte escultórico se convirtió en pasión por la física, y tanto quiso comprimir la atmósfera en derredor de Elisa, que impelida ésta por la presión, voló como una flecha, y según overoseros de un tuita, no debió parar hasta Nueva Orleans, en donde creyó haberla visto.

Indúltes fueron cuantas diligencias hizo Ricardo para averiguar el paradero de su esposa, y si antes no se miraba, por temor al espejo, desde la escapatoria ni al al agua bebía en vaso, por no correr la contingencia de verse retratado en ella, y la bebía en porrón. Las cabelladuras, los inasomnos y la falta de alimento, le ocasionaron cierto día un desmayo, con tan mala fortuna, que al caer se hizo dos soberbias contusiones en la frente con los bierros de la chimenea: vuelto en sí por efecto del dolor, pero sin darse cuenta del desmayo y creyéndose en el lecho, llevóse la mano á la frente, y al tropezar con los dos tolondrones que se le habían formado, lanzó un grito horrible y con él bostesó la vida exclamando.

—¡Estaba esclot!

Lo que estaba escrito es que los celos habían de ser la causa de su muerte.

PERO NUÑO



"Agua y vino

"A.....

*haber, niña y besos
porque obra el agua
Lo otro tampoco que misa
como las lagrimas,
cuando cubierto*

*me labes en vez de peales
te gile besos.
Rebunna en la copa
de lo amoso
el vino que al anciano
convierte en joven.
Rebunna, niña,
sus felices en sacor...
y que unanys Deda.*

Manuel del Palacio

AL PIE DEL ALTAR

(CUENTO)

El seminarista Casto había ido de vacaciones á su casa aquel verano. Estaba ya ordenado de subdiácono, y sus queridos padres deseaban tenerle por última vez, á su lado, antes de ser sacerdote.

El pueblo de Casto era uno de esos pueblos hermosos del Levante. Estaba atravesado por un río fecundísimo. Rodeábanle huertas y jardines. El cielo brillaba siempre, durante el día con dorados resplandores, y durante la noche se aspiraba tan agradable brisa, que convidaba á permanecer hasta hora avanzada disfrutando de aquella deliciosa temperatura.



Así es que el verano en aquel pueblo era una perpetua fiesta. La guitarra se oía hasta las altas horas de la madrugada, alegrando las calles con sus sonos.

Parecía aquel pueblo y en tal época del año, el pueblo del amor y del regocijo. Casto comprendió desde luego que no era aquel lugar el más adecuado para prepararse á la sublime misión á que se había destinado. Pero iba al lado de sus ancianos padres, y esta consideración acallaba cualquier otra.

Sin embargo, en su casa, aquel año, se le preparaba una sorpresa, una sorpresa encantadora para otro hombre que no pensara dedicarse al sacerdocio.

Esa agradable novedad era una lindísima muchacha.

Elisa, su prima, una prima á quien solo conocía por haber oído hablar de ella. Verse los primos y adorarse, fué todo uno.

Sin embargo, ni uno ni otro se declararon su pasión por medio alguno manifiesto.

Elisa temía contrariar la carrera de su primo, en la que ya se hallaba tan adelantado. Y Casto, por su parte, invocando en su ayuda todas sus energías, puso un freno á sus deseos locos, pidiendo severidades á su voluntad.

Los primos, no obstante, se veían á todo momento, se hablaban, se miraban, hasta se permitían juegos inocentes. Casto, al fin, quiso huir de aquella hermosa tentación. Pero le contuvo una reflexión que se hizo.

—Probaré,—se dijo,—si mi vocación es firme.

Y tomada esta resolución, ya no huyó de su prima, antes al contrario, provocaba las entrevistas á solas con ella, á fin de experimentar el temple de su alma.

Una noche estaba Casto en el patio de su casa, aspirando la fresca atmósfera.

Sus padres se habían ya acostado. De pronto sintió unos pasos suaves. Era Elisa.

—Primo,—dijo,—voy á hacer como tú. Quiero tomar el fresco. Me abraso allá en la cama.

Casto comprendió que iba á entrar en la última prueba de su fortaleza; en la prueba decisiva, convincente, definitiva.

Si salía bien de ella, podría resueltamente consagrarse á Dios.

Y temblando, entrecortado, angustioso, medio loco, unas veces triunfante, y otras desfalleciente, dió término á aquella peligrosa entrevista, cuando ya clareaba el alba.

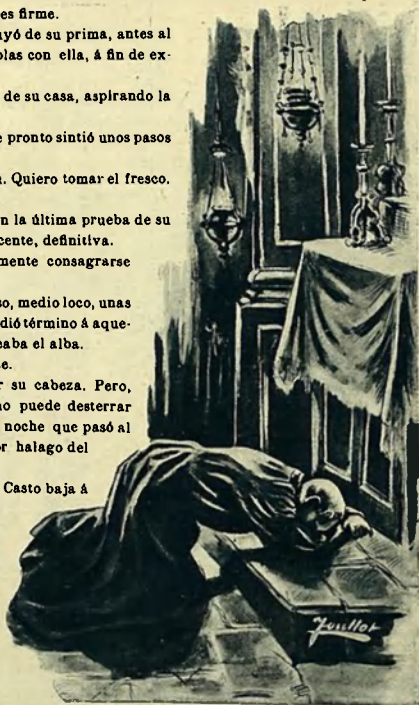
Ya hace muchos años que es sacerdote.

Ya las canas empiezan á blanquear su cabeza. Pero, todos los años, cuando llega el verano, no puede desterrar de su memoria el recuerdo de aquella noche que pasó al lado de su prima, resistiendo el seductor halago del amor.

Y al día siguiente, apenas amanece, Casto baja á la iglesia, y arrodillándose al pie del altar, permanece en oración y penitencia durante largo rato con la frente en el suelo.

Y no pocas veces, al levantar la cabeza, se mira las losas humedecidas; ¡Humedecidas de lágrimas!

FRANCISCO COBES



MEDITACION

¡Qué largo es el camino del Camposanto que ilumina la aurora con sus reflejos! Para llegar al borde de aquellas tumbas que de adorados seres guardan los restos, hay que cruzar veredas llenas de abrojos, que salpican las aguas de un arroyuelo, y salvar una cuesta penosa y triste triste, como las quejas que lanzo al viento. La pasé muchas veces con las mortales angustias que en el fondo del alma llevo; fatigado y medroso crucé las puertas derruidas y pobres del cementerio, y apoyado en el tronco de un viejo sauce que con sus ramas presta sombra á sus huesos,

¡cuántas veces la noche me ha sorprendido! ¡cuántas otras su tumba con llanto riego!

¡Qué largo es el camino del Camposanto que mis ojos vislumbra allá á lo lejos! Por no cruzar nosotros la árida cuesta, solos allí se quedan los pobres muertos. Pensando en las veredas llenas de abrojos, del camino á la entrada nos detenemos, sin advertir siquiera por un instante, sin meditar acaso por un momento, que por distintas rutas, por sitios varios, todos vamos camino del cementerio.

RAFAEL FERNÁNDEZ Y ESTEBAN



LOS INQUISIDORES ESPERANDO AL ACUSADO, cuadro de J. Collier

ACTAS Y ACTOS



¡buen amigo Taravilla está desconsoladísimo.

El otro día lo encontré en la Carrera de San Jerónimo, y le pregunté:

—¿Cómo va por Madrid, don Sisebuto?

—¡Me tienen frito!— contestó.

—Lo creo,—repliqué,—con estos calores...

—Pues mire usted, ¡hay por ahí cada fresco!

—¿Sí, eh? ¿Qué le han hecho á mi señor D. Sisebuto, para que así se lamente?

—A mí, nada. ¡Pero se ve cada cosa en ese Congreso!

—¿De veras?

—¡Qué bien dijo quien dijo que: *allí yace la representación nacional!*

—¡D. Sisebuto por Dios, usted tan ministerial, tan...!

—Mire usted, allí dentro, eso de ministeriales y oposiciones... son *infundios* y palabras. Allí todos son unos y el que no... ¡está lucido!

—¡Pero hombre, que me cuenta usted!

—La pura verdad. La Comisión de actas parece estar en río Manzanares lavando ropa. Y mire usted que picara casualidad, las actas más sucias suelen corresponder á los candidatos oficiales. Y, sin embargo, rara es la que no queda limpia como asuca de oro; y la que se ahoga, créame usted que ni con todos los desinfectantes del mundo pudieran higienizar!

—¡Vaya, hombre, vaya!

—Con las de oposición, se hila más delgado; á la menor mancha... ¡carpetazo! Aquello parece una clínica

de hospital: actas graves, actas leves, actas de pronóstico reservado...

—¿Y á cual de ellas pertenece la de usted?

—La mía, ¡limpia de toda limpieza! ¿No ve usted que yo luché por Calabacín, sin oposición?

—Y de sus pretensiones ¿qué?

—¡Ah, de mí programa! Verá usted. Como yo no dejo la ida por la venida, en cuanto D. Práxedes se me pone á tiro... ¡pun! le recuerdo sus promesas.

—¿Y él que dice?

—Nada: —¡Ya veremos... ya veremos...! y se va sin darme tiempo para insistir.

—¿Y D. Segismundo?

—Ese, tan melifúo, tan ministro y tan *cobero* como el otro.

—¿Pero el de Hacienda?

—¡Ah! ¡Todavía estoy esperando el jamón ofrecido! ¡Fíese usted de promesas! El día menos pensado, hago declaraciones y arderá Troya.

—¡Por Dios, D. Sisebuto!

—¿Le parece á usted bonito, que se diviertan conmigo tales caballeros? ¿Qué dirán los calabacines cuando sepan que no he logrado nada todavía?

—¿Y que piensa usted hacer?

—Pasarme á la oposición!

—¿Cree usted que así servirá mejor los intereses del país?

—¡Ah! ¿Pero usted cree que yo he venido al Congreso para servir los tales intereses? ¡Bastante que hacer me dan los de Calabacín, para meterme en más honduras!

—¡Hombre, hombre!

—Ya lo dije ayer en el salón de conferencias; ó se suprimen los tributos en mi distrito; se eximen del servicio militar á mis paisanos mozos; se concede la plaza que solicito al hijo del alcalde y se traslada al juez municipal... ¡ó me declaro republicano!



—Caramba. ¿Y qué le contaron, amigo D. Sisebuto?
—¡Admírese nada! Una carcajada que partió de diferentes puntos á la vez, fue la única contestación que obtuvo.

—¿Y usted que hizo?

—Callarme... y abandonar el sagrado recinto de las leyes hasta hoy.

—Y en estas veinticuatro horas, habrá usted cambiado de opinión.

—A estas fechas, sigo siendo ministerial. D. Práxedes cuando me ve, se sonríe y se rasca la barba; D. Segismundo me dice: —¡Holla gran calabacín! y Urzaiz me pide paciencia, que todo se andará. Más como la Cámara se constituya y juremos, sin que me hayan cumplido tales ofertas, me oirán los sordos. Yo demostraré, que de mí no se burla nadie... nadie...

—Cálmese un poco, D. Sisebuto, que estamos en la calle y empieza la gente á formar corro.

—Yo creo que todo lo arreglarán, por la cuenta que les tiene; ¡Ya ve usted que conflicto para ellos, si yo me paso al enemigo, con todos mis prestigios! Estoy seguro que provocaría la caída del gobierno y este no querrá suicidarse. Poco puedo ó consigo lo que me propongo.

—¡Así, así! ¡Energía! Parece usted un Romero Robledo.

—¿Por qué?

—Porque amenaza y no da... ni dará en su vida, más que camelos.

—Oiga usted, que yo no camelo á nadie.

—Pero deja que se lo den... y el camelado á la postre es el país. Y diga usted, D. Sisebuto, ¿qué opinión da de la cuestión religiosa?

—¡Yo! ¡Pero que cosas me pregunta usted! ¿A mí que me importa la cuestión religiosa? Estoy en buenas relaciones con el cura de Calabacín y en paz.

—¿Y de las económicas?

—¡Ah! Para eso, mi Escolástica, que se pinta sola para hacer de un duro, cinco...

—¡Hara avis!

—Cinco perras chicas en menos de cinco minutos.

—¡Buen ministro de Hacienda!

—¡Calle usted por Dios! Cada vez que recuerdo lo del jamón...!

Despedime de él y no lo he vuelto á ver.



Se que sus amigos y admiradores le obsequiaron con un banquete en mismo día que se celebró el de Garibaldi y hété aquí que á estas horas, no sabemos cuales fueron las declaraciones de D. Sisebuto y cuales las del famoso héroe callejero. ¡Allá se irán, seguramente! Tan *golfo* es el uso en la sociedad, como el otro en la política. Y después de todo, *golfo* por *golfo*, me quedo con el primero, que resulta más inofensivo y menos perjudicial.

Un amigo de D. Sisebuto y mío, me trae el borrador de la última carta que el eximio representante de Calabacín, ha escrito para su esposa. Dice así:

«Mi cada día más querida é inolvidable Escolástica: ¡Estoy asado, como San Lorenzo! ¡Qué calor! ¡Este Madrid es un infierno y D. Práxedes ejerce en él de Pero Botero! Sabrás que con eso de las actas, todavía no se ha constituido el Congreso y que cuando se constituya, como el calor apretará de lo lindo, se impondrán las *imperiosas vacaciones del estío* y apenas termine la discusión del Mensaje, se cerrarán las Cámaras hasta octubre ó noviembre y cada mocheño á su olivo; con tan plausible motivo espero abrazarte muy pronto. Tú dirás, en vista de lo que te anuncio: —Entonces ¿para que sirve el Congreso, ni que falta nos hace el Senado? Eso mismo me pregunto yo á todas horas: ¿para que seré yo diputado, ni que necesidad tenemos de que haya diputados en el mundo? Esto es un jeroglífico, esposa mía, cuya solución pediré á Sagasta un día de estos. Te habrás enterado de lo del Jubileo y la manifestación anticlerical... yo lo he leído en los periódicos y aun no me explico para que sirve lo uno y para que lo otro; Probablemente para nada! Yo estoy aburrido; y eso, que motivos tengo para distraerme. El otro día se celebraron en Madrid dos banquetes famosos: uno á *Garibaldi*, que aunque no lo conozco personalmente, se que es un hombre muy sabio, muy sobrio y muy popular; que sólo bebe agua y que gana la vida pescando merluzas... no se en donde, porque hasta ahora Madrid no es puerto de mar, que yo sepa. Ya preguntaré á D. Segis, de que merluzas se trata: el otro banquete fue para mí. La prensa, al dar la noticia, ha trocado los discursos, adjudicando el mío á *Garibaldi* y viceversa. ¡Si seré ya, popular y simpático, que me confunden nada menos que con *Garibaldi*! De los encarnados que traje

del pueblo, todavía no hay nada, pero ya verás como al fin todo lo consigo. Me dices en tu última carta que aun no has recibido el jamón ministerial... ¡yo tampoco! En cuanto pase el verano, y vuelvan de tomar el fresco los ministros, emprenderé de nuevo la campaña y saldremos ganando, porque para entonces el jamón estará más curado. Anoche fui al teatro de Apolo y he visto el Circo y Eldorado y... ¡admirate! A D. Tanerodo. ¡Pero me rio yo del valor y la inmovilidad del hombre estatua, donde está D. Práxedes! Ese sí que no se mueve, aunque se hunda el mundo. ¡Vaya un *gachó*; como dicen por aquí!

Adiós, querida esposa; otro día te escribiré mis impresiones respecto al teatro, costumbres y demás detalles de la vida en Madrid, que te agradarán mucho; en tanto, da recuerdos a los amigos y no te olvides de tu diputado, que lo es —*Sisebuto*.

—¿Lo ven ustedes?—decía D.^a Escolástica al alcalde y demás notables de Calabacín de Arriba, que asistieron a la lectura de esa carta.—¡Ya le han dado un banquete!

—Lo que me va pareciendo es,—replicó el Juez,—que *se la dan con queso*!

—¡Por qué en este país,—exclamó encolerizada D.^a Escolástica,—faltan hombres serios, políticos honrados y...

—Sí, señora,—agregó el alcalde con orgullo,—pero si falta todo eso que usted dice, sobran en cambio calabacines... ¡como D. Sisebuto!

Luis FALCATO

ARTE CONTEMPORANEO

Este cuadro tiene, en el original, una entonación plateada que se trasluce bien en el grabado, pero por encima de este atractivo se halla la belleza de la composición. ¿Qué mejor compendio de un *da de campo* que el columpio y la barca? Ello es que Mac Gregor ha pintado un paisaje con figuras que da clara idea de la naturaleza escocesa, con sus poéticos *lochs*, y tiene todo el misterio de aquellos románticos sitios tantas veces descritos por Walter Scott.



da de campo, cuadro de Mac Gregor

LAS FERIAS DE VALENCIA

Bien han cumplido su misión de *affichistas* los distinguidos pintores y dibujantes señores Romero Orozco, Perea y V. Castell al concebir y ejecutar los vistosos carteles anunciadores de las famosas ferias de San Jaime en Valencia. Nada más difícil que ese género en el cual no bastan las mejores condiciones de la mano sino que es preciso adivinar por una especie de intuición ó instinto, la clase de composición que mejor representará el asunto anunciado. En otras palabras, el *cartelismo* es además de decorativo, eminentemente simbolista, pero no todos los artistas poseen igualmente el don de acertar con el símbolo, que, ora puede resultar incomprensible ó incongruente, ora sobradamente vulgar.

No es este el caso de ninguno de los citados autores: todos ellos han dado clara y perfectísima idea del asunto, aparte de lo cual no puede darse mayor brillantez de color, condición tan esencial en esta clase de trabajos. Por lo demás menester era que se tratase de tan buenos dibujantes para el anuncio de lo que van á ser este año las ferias de Valencia.

Esta ciudad, en la que se respira el arte con el aire, es única en saber inventar festejos y en presentarlos admirablemente bien.

Ganarán otras ciudades á Valencia en fausto y ostentación, pero no en buen gusto y en hacer que luz-



can las manifestaciones de sus decoradores.

Sus batallas de flores, sus iluminaciones, los adornos de sus calles y plazas, las tiendas y pabellones de su Real, sus cabalgatas son únicos por el sello artístico que llevan impreso, y dan testimonio de que todas las clases sociales *sienten* la belleza, y saben distinguir entorelo que procede de la inspiración y lo que dimana del solo afán de ostentación plutocrática. Hay allí una

atmósfera que hace de Valencia la Atenas española, y nunca como con ocasión de las Ferias se hace patente.

Ya desde ahora todo es animación en la ciudad; las sociedades así científicas, artísticas y literarias como las puramente recreativas ó humorísticas se dedican con ardor á los preparativos de las fiestas, y han comenzado ya las funciones á beneficio de la feria con la representación en la plaza de toros de una parodia de *Electra*, organizada por las cuadrillas de matarifes y los cocheros. También se han presentado los proyectos de adornos de las calles y de varios arcos de triunfo y se ha ensayado el simulacro de la retreta, que promete ser uno de los números más atractivos del nutrido programa. Asimismo adelantan los trabajos para las *Carreras de joyas*, en las que tomarán parte muchas grupos y carreristas de los pueblos inmediatos.

¡HABLEMOS CLARO!

—Es lo que deseo: clarito.
—Pues bien: ¿por qué mira usted a mi mujer?
—Hombre, porque me da la gana...
—Es que yo soy su marido, señor mío.
—No; perdónese usted, yo soy soltero... y no he nacido para ciertas funciones...
—Digo que soy el marido de mi mujer, y no me venga usted con equívocos...
—Yo no le niego a usted tal derecho; consiento en que sea usted el esposo de su señora.
—¡Caballero! Yo no soy para la burla de nadie.
—Lo celebro mucho; yo tengo las mismas ideas.
—Y cuando pido una explicación es para obtenerla de cualquier manera.
—También es un propósito muy caballeresco; prosiga usted.
—Contésteme usted francamente: ¿le gusta a usted mi mujer?
—¡Caballero! yo creo que no!
—¿Miente usted! ¡Yo sé que usted me engaña; yo he visto a mi mujer saliendo anoche de su domicilio!
—¿Y que? ¿Quiere usted que salga del mío?
—No, con mil diablos! Pero eso es lo que he visto.
—Hombre, lo siento grandemente pero el caso no tiene nada de extraño.
—¿Señor mío! Repito a usted que me hable claro; yo debo saberlo todo.
—Es justo, desde que usted es el marido de su mujer.
—¿Contéstase usted que ella va a su casa?
—¿Sola? Es lo regular.
—¿Miserable! ¿Y me decía usted que no le gustaba?
—Sí, señor; pero no puedo impedir que yo le guste a ella.
—¡Eso mas!
—¡Ciertamente, y eso no es todo.
—¿Y lo declara usted? Yo no sé como me detengo...
—Ni yo tampoco.
—¿Señor insultador de mi honra! Repare que está delante de un marido ofendido.
—Lo sabía de antemano y lo he lamentado muy de veras.
—Repito a usted que suprima las indirectas, porque me obligará a ser poco atento con usted.
—Muchas gracias.
—¿De hoy mas, mi mujer no irá a su casa jamás!
—Pues irá yo a la suya, si no tiene usted inconveniente.
—¿Cómo? ¿Se atrevería usted?
—Desde luego si usted priva a su mujer de hacer lo que le plazca.
—¡Vamos! Esto ya basta. Dentro de una hora recitará usted mis padrinos; aquí tiene usted mi tarjeta.
—Y aquí está la mía...
—¡Caracoles! ¡Margarita Reina de Cabrero...! Mi mujer... ¿Con qué estabas en el baile? ¡Que pilla eres! Te juro que he dado una broma pesada. Tenía la seguridad de estar hablando con el pillastre ese que te asedia. Me dijeron que habías entrado aquí... dominó verde... careta azul... y luego la estatura... los ojos.
—¿Te has chasqueado, eh? Bien hecho por desconfiado; pero te perdono.
—No, hija; yo nunca he dudado de ti, sino que las apariencias y el murmurar de los gentes...

—Sí; ya se ve... (La gente tiene razón que le sobra).
—Pero de todas maneras, si logro dar con el tal, le hago hablar claro.
—Hubieras sido un imprudente. (Y ya lo sabes todo, bien claro te he hablado. ¡Ahora descansa!...)
—¡Vámonos de aquí, Margarita! vamos a reírnos de este chasco, porque en realidad, hija, me has dado un chasco! ¡Qué bueno! ¡jal jal!
—¡Sí; te he dado un soberano chasco!
—¡Y yo que creía hablar claro con el tunante aquí!... ¡Qué risa!...
—¡Es verdad, te has equivocado como un tonto!
—Pero confiesa que a cualquiera se la hubieras pegado, hija; y mira que yo tengo buen ojo... A mí no se me engaña así no más.
—¡Ya lo creo!
—¡Tengo un olfato! Sobre todo, en cuestión de faldas...
—¡También ahora he podido verlo!
Y mientras marchaban así los dos del brazo, so-



licito y confiado él, y reventando de risa ella, comentando ambos la broma, un tercero recibía esta carita poco más o menos concebida así:

«Alberto: Tengo la seguridad de arreglarlo todo: voy a desarmar el galopin de mi marido. Espérame a las diez de la noche. Cuidado que no me vea tu sirviente. Tuya siempre. —Margarita.»

MACIAR DE LOS ANGELES ESCUDERO



CREPÚSCULO VESPERTINO, cuadro por G. Storey

EN LA REJA

Al oír los pasos
del mozo muy cerca,
su cuerpo arrogante
yergue la morena
y como su anhelo es parecer hermosa
su cabello fino con cuidado arregla.
Son sus ojos negros ¡muy negros! y brillan
como las estrellas
que sus arrebatos de mujer amante
de noche contemplan.
Sus labios son rojos
como los claveles que adornan la reja
y por lo bonita da envidia á las rosas
que prendidas lleva
entre los hermosos, perfumados rizos
de su cabellera. .

Así con palabras llenas de cariño
dice á la morena
el gallardo mozo
que á la reja llega:
«No quiero en el mundo
nada mientras pueda
ver esas miradas de tus ojos negros
que quitan mis penas;
no ambiciono nada mientras yo contemple
tu cara hechicera,
mientras yo te mire,



mientras tú me quieras. »
Y con voz muy dulce,
llena de cadencia
al gallardo mozo que la mira amante
ella le contesta:
«Antes de olvidarte
me habrás de ver muerta
porque mi cariño será siempre inmenso
¡mi pasión eterna!»
Y así continúan
hasta que risueña
la aurora sorprende á los dos amantes
hablando en la reja.

Quizá no se cumplan
todas las promesas,
¡quizá no muy tarde de amores y olvidos
surja la pelea!
Pero los recuerdos
en el alma quedan
y la poesía de aquellas caricias
mitiga las penas
que los desengaños
al huir nos dejan.

SANTIAGO A. NARRO

Balan
José de
El aut
mente l
mente e
to teat
escribe
necesari
Con tod
Sr. Laca
La H
Sebastia
—4 real
Los pe
sin emb
aun los
sentar a
muy ve
pues dá
vez de F
resulta a
la retóri
gunos co
mal efec
autor sa
la visión
ca, por
algún t
que evid
catalán.

.. El
bien hec
cer lo me
que se hi
.. A
tarte en
El plato
tiende la
ción. Vá
No ha lle
de lejos
llegue á
.. F
ter perte
es la sint
individu
.. El
los homb
tiene dos
violencia
na, hamí
hombre
ga horril
vilizació
.. T
todo lo h
nunciad
perar.—
.. V
la mendi
vida llev

RESER

PEPITORIA

LIBROS RECIBIDOS

Balace teatral de 1900-1901, por José de I.ace.—Madrid.—3 pesetas.

El autor realiza una obra sumamente laudable al dar á luz anualmente esos resúmenes del movimiento teatral. Juzga con imparcialidad, escribe bien y dice todo cuanto es necesario saber sobre cada obra. Con toda sinceridad felicitamos al Sr. I.ace por su último libro.

La Huelga; novellita vulgar por Sebastian Gomila.—Barcelona, 1901.—4 reales.

Los personajes son verdaderos y sin embargo, resultan antipáticos aun los que el autor no quiere presentar así; no negamos que todo sea muy verosímil, pero tanto peor, pues dá muy triste idea de la altivez de Francisca y Juan. El estilo resulta algo pasado de moda, como la retórica naturalista, y sobran algunos catalanismos, que producen mal efecto. Digamos ahora que el autor sabe describir muy bien y dá la visión exacta de la vida de fábrica, por más que no deja de chocar algún tanto leer en castellano lo que evidentemente está pensado en catalán.

El mejor fruto de los estudios bien hechos es la costumbre de hacer lo mejor que se puede todo lo que se hace.—*Leon Cronsté*.

Acuérrate de que debes portarte en la vida como en un festín. El plato que circula llega á tí; extiende la mano, y toma con discreción. Vá más lejos: no lo retengas. No ha llegado aun: no te anticipes de lejos por tus deseos; espera que llegue á tí.—*Epicteto*.

Para poderse dar, es menester pertenecerse, dijo Vinet, y esta es la síntesis del solidarismo y del individualismo.—*C. Gide*.

El mayor mal del que sufren los hombres es la guerra. La guerra tiene dos faces: por una parte, odio, violencia, iniquidad. Por otra, ruina, hambre, duelo. El deber de todo hombre es, pues, combatir esa plaga horrible, oprobio de nuestra civilización.—*Carlos Richet*.

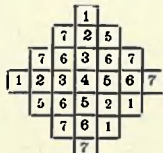
Todo lo ha leído, todo lo sabe, todo lo ha practicado el que ha renunciado á los deseos y vive sin esperar.—*(Hitopadesa)*.

Vale más la selva, vale más la mendicidad, vale más ganar la vida llevando fardos, vale más para

el hombre la enfermedad que la prosperidad debida á la servidumbre.—*(Panchatantra)*.

Bonito, ameno, instructivo y entretenidísimo es el último número de NUESTRO SIGLO, publicación que de cada día se hace más simpática por su esmerada confección y las novedades útiles de que da cuenta.

ROMBO LOGOGRÁFICO



Horizontal y verticalmente:

- 1.ª línea: punto cardinal.
- 2.ª—Rio de Orense.
- 3.ª—Costales muy grandes de tela burda.
- 4.ª (Todo).—Nombre de varón.
- 5.ª—Villa de Pontevedra.
- 6.ª—Apocope de santo.
- 7.ª—Punto cardinal

NOVEJARQUE

CANTARES

¿Como te voy á olvidar si cuando miro tu cara me parece que tras ella se me va toda mi alma?

Son las ilusiones más como las hojas de un árbol: se las lleva una por una el viento del desengaño.

Son tus ojitos, morena, tan serenos y tranquilos como el cielo de mi tierra.

Me gusta que te incomodes algunas veces, morena: Es el cielo tan hermoso cuando pasa la tormenta!

Tengo celos del clavel que los labios acarician: ¡si no haces conmigo igual me voy á morir de envidia!

SANTIAGO A. NARRO

El gravísimo conflicto que á China pone en un tris es por no usar calcidia del doctor LADIVONSIM.

JEROGLIFICO

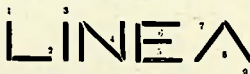


Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior.

Acertijo.—El fragmento núm. 2 se descompone en dos trozos y el número 7 en dos más y luego se unen todos del modo siguiente:



quedando formada la línea que se proponía en el acertijo.

Jeroglífico.—El hombre soltero es un hongo, casado un olivo y viudo un cardo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

C. O. G.—Madrid.—Tenga usted la completa seguridad de que el cuento se publicará. Verdad que hace cinco meses lo covió usted, pero dicho sea... en secreto, tenemos suelta artículo, ya ilustrados, por publicar, de manera que es imposible darlos á luz con la premura que yo soy el primero en desear. Cuente usted, sin embargo, con que hará no su obsesado una especie de pucherazo, por lo que respecta al texto.

M. J.—Valledolid.—Orea usted, estimado colega, que á toda España á las adpacetes le tienen al cuidado las actas, ni cuanto con ellas se relaciona de cerca ni de lejos.

¿Poderán.—Barcelona.—Pero, criatura ¿se ha propuesto usted que nos arrastren á usted y á mí? ¿Qué he de insertar yo eso! ¡Aunque me aspen! ¡Caramba, hombre, caramba! ¡Ni que fuera usted O'Neale... Calma, caballero, calma.

P. F. T.—Toledo.—No se meta usted en líneas ni en dibulos, sobre todo en versos malos.

G. Q. F. A. T.—Cuenca.—Amigo Cucufate, no sirve absolutamente nada de lo que le he costado 150 céntimos en sellos, que ya se costar.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DESVULGA NINGUN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA INÉFICA", PLAZA DE NÚÑEZ, 56.—BARCELONA.

COsas DE BOTICA



— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta



— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta



— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta



— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta



— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta



— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta
— ¡Hoy sí, ¡hoy sí! de la preparación de esta